

José María Pozuelo Yvancos, Pere Ballart, María Xesús Lama y Lourdes Otaegi Imaz (eds.): *Ensayos de historiografía literaria (castellana, catalana, gallega, vasca)*. Barcelona: Gredos, 2022, 543 pp.

“Una historia literaria no es siempre una ‘necrópolis de datos’, según denunciara de otras Dámaso Alonso, sino una forma de entender desde la ventana intelectual de aquella España peregrina, el destino común de los españoles en sus grandes obras” (44). Con esta frase lapidaria concluía, de un modo cenital, el profesor José María Pozuelo Yvancos el capítulo inicial de esta obra. En ella aparecen ya soterradas las vértebras de todo afán que la impulsa. Dicho objetivo no es otro que el de trazar la articulación interna de la historiografía para los cuatro sistemas literarios españoles (castellano, gallego, vasco y catalán) desde los albores del siglo xix hasta nuestros días, de modo que este desafío sirviera de ayuda para la comprensión de la diversidad literaria de nuestro país hacia la edificación de un hispanismo plural y multicultural.

Este reto es la continuación natural de otro que ya fuera afrontado en marzo de 2019, cuando el equipo de investigación coordinado por Pozuelo Yvancos publicara en la editorial Cátedra bajo el título de *Pensamiento y crítica literaria en el siglo xx (castellano, catalán, euskera y gallego)* una reflexión colectiva sobre las líneas de sentido que determinaron la evolución de los sistemas literarios españoles durante el siglo xx en un espacio de tránsito entre las ideas literarias y la crítica. En esta nueva entrega de un proyecto que durante más de veinte años lleva determinando acuciosamente toda una línea de investigación del equipo a cargo del profesor Pozuelo Yvancos, la vastedad y la especificidad del campo de estudio han hecho precisa la reunión de un amplio equipo especializado, procedente de ocho universidades diferentes. Es, precisamente, el amparo de tantos años de esfuerzo y de la calidad investigadora de sus autores lo que explica la osadía de una empresa titánica como la que sostiene este trabajo. Titánica pero acuciante, en la medida en que no existía –hasta su publicación–, en el ámbito de los estudios literarios españoles, una obra que tratara de abordar este objeto. Este hecho sumado al éxito de su consecución son avales suficientes para creer que este es ya un libro fundamental –en el sentido etimológico del término– en el marco de los estudios de la historiografía literaria hispánica.

Partiendo de una idea de la canonicidad literaria sustentada en un asiento polisistémico, estos ensayos arrojan una comprensión de los cánones –tan original como rigurosa– desde la consideración particular e histórica de su descripción y desde el punto de vista concreto –esto es: valorativo– que los vislumbra. Se trata, entonces, de solventar el gran error de la historiografía hispánica hasta

el momento: ambicionar “un orden estático que fije el proceso y lo detenga” (9). Trascendiendo los límites (solo) en apariencia insalvables de las barreras culturales o lingüísticas, los investigadores tratan de cartografiar aquellas calas determinantes del dispositivo historiográfico que, en cada uno de los cuatro sistemas literarios, han supuesto la construcción y/o alteración de los cánones previos. Para lograrlo, este estudio se divide en cuatro bloques.

En el primero de ellos, los profesores José María Pozuelo Yvancos, Mariángeles Rodríguez Alonso y María José García Rodríguez acometen los capítulos dedicados a la literatura castellana. El primero afronta el análisis del canon literario –sus desafíos, sus obligaciones, sus fallas– y su papel fundamental en el modelo narrativo que exigen tanto la Historiografía como la Historiología literarias, partiendo de la idea de que “toda Historia es la construcción de un punto de vista” (12). A continuación, ilustra sus tesis a partir de ejemplos concretos que deduce del análisis de las quizás sean tres de las más importantes historias literarias: la de José Amador de los Ríos, aquella otra de Ángel Valbuena Prat y la escrita por Ángel del Río. Por su parte, Rodríguez Alonso recupera las dos últimas de las citadas historias literarias con las que –sumadas a las publicadas por Juan Hurtado y González Palencia en 1921 y por Max Aub en 1966– se propone ejemplificar la dependencia que entre canon e historiografía había señalado antes el profesor Pozuelo. Y lo hace de manera magistral al recoger la inicial presencia del teatro valleincliniano en la historiografía, por la cercanía entre su publicación y la de las principales obras de Valle-Inclán. Reconstruye, entonces, a través de estas cuatro calas, el primer boceto que las historias literarias han hecho de su producción teatral. De este modo, sus conclusiones confirman el modelo de canonicidad estética y el punto de vista histórico que construyen las historias literarias, cuya reflexión había compuesto el epicentro argumentativo del capítulo inicial. Finalmente, García Rodríguez se vale de la relevante presencia de la Guerra Civil en la historiografía castellana para componer toda una sólida reflexión en torno a la filiación que existe entre memoria e historia, entre historicidad y narratividad. La “mirada historiográfica” (77), entonces, testimonia la transitividad bidireccional entre lo anterior y su proyección prospectiva.

El bloque dedicado a la historiografía catalana lo inicia un capítulo de Pere Ballart dedicado al lugar eminente que ocupa la labor de Arthur Terry para quienes dedican sus esfuerzos al estudio de la literatura catalana. Ballart realiza un repaso concienzudo de las tres mayores contribuciones de Terry a este campo concreto de la historiografía española. Precisamente, señala entre los argumentos que sostienen esta elección la relación que en ella se establece entre los fenómenos y avances de las letras catalanas con los de la literatura europea. Pero no con el exclusivo objetivo de señalar solo los elementos de importación pasiva, sino sus logros singulares y distintivos en tiempos concomitantes, con el sabio talante de quien, allende las fronteras, aspira a “sugerir la interdependencia de lo que es esencial con lo que es actual” (120). El mayor logro de este *scholar* de Cambridge, nos viene a decir Ballart, es haber puesto de relieve la riqueza universal de la literatura escrita en catalán, su historia y naturaleza singulares, que la hacen comparable a la de cualquier otro territorio o nación y merecedora,

por tanto, de su propio espacio en la historiografía. Toma el relevo de Ballart el profesor Jordi Julià con la recuperación del interés sobre una pieza historiográfica de gran valor –aún hoy– para especialistas y lectores preocupados por el panorama literario catalán del siglo xx: esta es la *Literatura catalana contemporània* (1972) de Joan Fuster. Quizás el mayor interés que suscita no es ya solo la sagaz inteligencia y la sensibilidad literaria de Fuster como historiador, sino también la curiosidad que despierta el particular punto de vista de alguien que ha sido –y es– considerado uno de los más relevantes prosistas e intelectuales catalanes del siglo xx. El amparo de quien es plenamente conocedor del panorama cultural por estar profundamente imbuido en su cauce hace singularmente valiosa esta cala de la historiografía catalana, por cuanto la dota de sentido y la intenta explicar rellenando vacíos que, de cualquier otro modo, se tornarían insalvables.

El tercer bloque, destinado a la historiografía gallega, es abierto por María Xesús Lama López con un estudio sobre el proceso de autodefinición identitaria de la literatura gallega a través de los singulares principios estéticos y el repertorio que han determinado su canon. Con este afán, rastrea los testimonios programáticos que la historiografía de la literatura escrita en gallego ha legado desde mediados del siglo xix, tomando como punto de partida los intentos parciales por definir una literatura propia y hasta su máxima cristalización en los textos de Manuel Murguía. Lama López logra determinar la triunfante consecución del historiador: su éxito es haber centrado su aspiración en el establecimiento de un corpus que pudiera servir a las entidades depositarias de capacidad normativizadora para reivindicar un canon de las letras gallegas y su intervención directa en la vida pública nacional. A continuación, Álex Alonso Nogueira coloca en el centro de su investigación la labor historiográfica de Vicente Risco. Mediante el acercamiento a su *Ensaio d'un programa pr'o estudo da literatura popular* de 1928, marca en él un hito en la Historia de la cultura gallega por colocar la etnología –y, por tanto, el estudio de la cultura popular y su folklore– en el epicentro sobre el que hacer gravitar el análisis. Se trata, entonces, de leer de un modo mucho más rico y complejo lo “enxebre, lo vernacular y, por extensión, su concepto de etnicidad” (229) para dotar a unos textos –que habían sido tratados exclusivamente por su valor lingüístico y filológico– de una fisonomía literaria (tanto en su “forma exterior” como en su “forma interior”). Así, a través del respeto por la voz popular y folklórica, Risco (y ahora también Álex Alonso Nogueira) busca recuperar la experiencia cultural natural del pueblo desde una visión adánica de sus orígenes literarios. Finalmente, Isaac Lourido clausura este bloque con una revisión de las “coordenadas sistémicas e historiográficas” de la considerada la primera historia literaria moderna de las letras gallegas y la obra mayor de la disciplina: la decimonónica *Historia da literatura galega contemporánea* de Carvalho Calero, cuya primera edición, sin embargo, es de 1963. Su rigor y exhaustividad en la prefiguración del marco de debate disciplinar hacen de ella el nutriente más rico para los intentos historiográficos posteriores, por lo que Lourido trata de ubicarla en relación con otras producciones que han venido siendo reivindicadas como valiosos capitales académicos.

En el siguiente bloque, Lourdes Otaegi Imaz realiza su particular “Contribución a la historiografía vasca (xix-xxi)”. Su trabajo compone una reflexión sobre la Historia de la literatura vasca bajo el formato de una suerte de historia de las historias literarias escritas. Con un marco teórico muy amplio, Otaegi analiza aquellos aspectos de la historiografía vasca que han hecho de cada historia de su literatura una ventana fundamental para la construcción del relato nacional y para el establecimiento de su canon y su panteón. La dificultosa representación de los testimonios orales y su funcionalidad en las historias literarias vascas; la singular división periodológica (movimientos, corrientes concretas, periodos) en relación con las literaturas vecinas, o la problematicidad del establecimiento de un canon nacional son algunas de las líneas marcadas por Otaegi Imaz en su análisis. El décimo y último capítulo del libro corre a cuenta de K. Josu Bijuesca. Este autor centra sus esfuerzos en los conceptos de “herstory” e “historia postnacional” en la línea de las últimas tendencias que desde los años 80 y hasta las dos primeras décadas del siglo xxi han venido arraigando en la historiografía literaria vasca. Esta línea investigadora viene amparada en la tendencia renovadora propia de la historiografía vasca –frente a las literaturas circunvecinas inmediatas (como la castellana o la francesa)– de centrar la atención en la producción más actual. En este sentido, su propuesta es doblemente renovadora: por su planteamiento novedoso y por cuanto viene a “completar” o a actualizar el vasto campo de las historias literarias vascas. Su propuesta sostiene el proyecto historiográfico iniciado por Joseba Gabilondo como aquel más fértil y fecundo, susceptible de seguir siendo desarrollado, a la vez que atiende los estudios sociológicos, semióticos y culturales como los pilares de su planteamiento teleológico.

Observados todos los ensayos que componen el volumen, la conclusión a la que el lector llega es clara. Ninguna literatura nacional puede ser considerada de forma aislada en tanto que se forman bajo binomios y dualidades: propio/foráneo; culto/popular; auténtico/imitado. La literatura española (como la europea o la occidental) ha de ser contemplada como una totalidad en que temas, formas, géneros, ideas y símbolos derriban fronteras (geográficas, idiomáticas y culturales) para acabar constituyendo un sistema supralingüístico del que forman parte, indudablemente, las literaturas castellana, vasca, gallega y catalana. Más allá de una exhaustividad del dato positivo en torno a las historias literarias manejadas, estos ensayos exponen la dimensión explicativa de su planteamiento, lo que trae aparejada la comprensión de la constitución canónica de cada sistema literario. Entonces, la elección de cada una de estas calas en los cuatro sistemas de la historiografía literaria española no copa ni cierra la problemática que aquí se nos expone. Lejos de ello, abren líneas de investigación en el horizonte prospectivo de la historiografía literaria en nuestro país a la vez que tratan de iluminar otras del pasado. La contemplación unitaria de estos cuatro sistemas tan distintos y cercanos a la vez permite al lector atender a la riqueza de nuestra literatura nacional. Queda, por tanto, como un recuerdo del pasado la relegación a un lugar periférico de todo aquel testimonio literario escrito en lengua distinta al español, mientras que la apertura hacia parámetros europeos compartidos se torna plausible.

Consecuentemente, el lector, al acercarse a ella, tendrá en sus manos una obra de notorio valor científico para la indagación en el nacimiento y el desarrollo de cada historiografía. A través de algunos de sus principales hitos, los diez académicos firmantes reconstruyen la articulación y el giro del discurso historiográfico rescatando voces tan destacadas en la filología catalana, gallega, castellana y vasca como Ángel del Río, Arthur Terry, Vicente Risco o Jon Kortazar, por señalar al menos una de cada sistema. Todos ellos comprenden la literatura como objeto teórico de pleno valor y no como resultado o ejemplo de otros discursos.

MARAVILLAS MORENO AMOR
Universidad de Murcia
maravillas.moreno@um.es